ORAR EN EL MUNDO OBRERO

19º domingo del Tiempo Ordinario (12 de agosto de 2018)

Comisión Permanente HOAC

La disociación nefasta que hacemos consiste en aceptar dos normas de vida, cuando en realidad no tenemos más que una vida. Prácticamente hemos disociado la vida religiosa, a la que se dedica algún ratito, de la otra vida pagana que ocupa todo el resto, y en la que los cristianos no nos diferenciamos para nada de los paganos decentes, en el mejor de los casos. Esto va así, hermanos... (Rovirosa, OC, T.II. 60).

El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada (GE 1).

Desde la vida

"Nuestros hijos viven con nosotros porque no consiguen un trabajo estable y no se pueden independizar, menos aún con el precio que tienen los alquileres. Tienen pareja, pero no pueden hacer su propio proyecto vital. Me dicen que está muy bien la honradez, la humildad, la austeridad, pero así no hay trabajo para ellos...".
Es verdad que "en esta época actual sobrevivir con los criterios y principios que nos proponemos puede ser duro, si no se vive con amigos de verdad, dentro de una comunidad... que es como una familia en la que todos se ayudan".

Experiencias como esta que cuenta Rufo de su familia conocemos muchas. Puede que sea tu propia experiencia familiar. Buscar la felicidad y no encontrarla. Buscar calidad de vida y aprender a vivir. Tener que construir un proyecto vital personal, familiar y social, con tantas dificultades en contra... y, sin embargo, en casa aprendieron que "Dios ha puesto lo necesario para que vivamos todos y si a alguno no le llega es porque otro se está llevando demasiado". En casa, por ahora viven el empeño de que todos los seres humanos vivan con dignidad.

Recoge las experiencias de familias cercanas de tu barrio, y desde ellas ora con agradecimiento:

Gracias por mi familia, por todos los míos:
mis padres, mis hermanos, mis abuelos,
mi mujer, mi marido, mis hijos, mis nietos...

Gracias por mis amigos, mis vecinos, mis compañeros.
Gracias por mi casa, mi trabajo, mi comunidad,
mi pueblo, mi ciudad...

Gracias por la lavadora, y los grifos, la electricidad,
las lámparas, el teléfono, el ordenador,
la batidora, los platos...

Gracias por todos los que se ocupan de los demás.
Gracias por todos los que llenan de interrogantes
y respuestas nuevas mi vida tranquila:
por los que tienen dolores, pasan hambre,
sufren miserias y vejaciones,
están en paro, carecen de instrucción, sufren la injusticia,
no tienen el cariño de nadie, tienen que emigrar, malviven,
y nadie defiende sus derechos...

Gracias porque me quieren,
porque me quieres,
porque te quiero,
porque puedo conocer las necesidades de mis hermanos.

Gracias por conocer a tanta gente buena y acogedora,
alegre, positiva, solidaria, humilde, sincera...

Gracias por los que me enseñan a vivir mejor,
por los que me hacen caer en la cuenta de que hay cosas
más importantes que yo.

Gracias por este instante de conciencia y fe
que me hace acercarme a Ti.

Gracias, Señor.

(F. Ulibarri, adaptada)

En esa vida nos habla Dios

Juan 6, 41-51. El que cree tiene vida eterna

Los judíos murmuraban de él porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?». Jesús tomó la palabra y les dijo: «No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Palabra del Señor

Para ayudarte a acoger la Palabra

Continúa la polémica con los judíos sobre el pan de vida. No aceptan a Jesús como dador de vida. Su mayor argumento es la humanidad de Jesús. Lo conocen. Es uno como ellos. Dios no puede ser así. El Dios que nos imaginamos, que deseamos y queremos ha de ser de otra pasta.

Jesús sigue recordándoles que el camino y la adhesión a él son Gracia de Dios, puro don amoroso del Padre. Un camino que quien lo emprende lo hace para ser discípulo, para aprender y dejarse enseñar por el mismo Jesús.

Seguir a Jesús, creer en él, es tener vida eterna, ya, desde ahora; es entrar en la vida de comunión trinitaria. Es alimentar esa vida con el mismo Jesús, con su vida y testimonio, con la entrega de su existencia hasta hacerse pan partido y compartido. Es, en la humanidad de Jesús, aprender a valorar a cada ser humano y a reconocer su humanidad en el hambre y la sed concretas en el camino hacia la vida. Pero, preferimos muchas veces creer en un dios presente únicamente en nuestra intimidad, que en alguien encarnado en nuestra humanidad y que nos interpela desde la vida de nuestros hermanos, especialmente desde la vida de los pobres.

Creer ya no es lo normal. La fe nunca ha sido algo natural, sino un don gratuito. Deberíamos hacer resonar de nuevo en nuestras vidas las palabras de Jesús: *Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado.* Para creer es decisivo dejarse guiar por la mano amorosa de ese Dios que conduce misericordiosamente nuestra vida. Y, de su mano, aprender a vivir.

El que cree tiene vida eterna. Se trata, antes que nada, de una vida profunda, de una calidad nueva, humana; una vida que no se trunca por acontecimientos negativos; una vida plena que es posible vivir, incluso, en circunstancias difíciles; una vida que va más allá de nosotros mismos, que nos abre al don, que nos hace don, que nos hace relación y comunión, participando de la misma vida de Dios. Una vida que estamos llamados a realizar, a hacer visible y posible. Nuestra tarea es vivir esa vida en plenitud humana creciendo como personas, y ayudando a otros a crecer como personas.

Los cristianos creemos que la manera más auténtica de vivir como personas es la que nace de nuestro encuentro con Jesucristo, y del seguimiento. Tenemos que creer que esa vida es posible, y que merece la pena vivir evangélicamente.

Y para eso tenemos que recuperar la capacidad de escuchar a Dios, para recuperar nuestra capacidad de amar.

¿Cómo puedes vivir esa vida plena en lo concreto de tu proyecto familiar? Confronta tu proyecto personal de vida con lo que te dice este evangelio, y concreta pasos a dar.

Recoge todo lo reflexionado y orado

Vida verdadera

(F. Ulibarri, adaptada)

Aquí estoy, Señor,
con hambre y sed de vida.
Soñando que me lo monto bien,
creyendo que sé vivir,
consumo febrilmente
ligeros placeres, precarias sensaciones
arañadas aquí y allá...
Y mi hambre y mi sed no desparecen.
Esto ya no es vida, sino simulacro,
una vida sin calidad de vida.

Aquí estoy, Señor,
con hambre y sed de vida.
Pero acostumbrado a lo light
lo auténtico solo entra con filtros.
Demasiado cauto para saborear triunfos.
Demasiado razonable para correr riesgos.
demasiado acomodado para empezar de nuevo...
Y mi hambre y sed no desparecen.
Esto ya no es vida, sino simulacro,
una vida sin calidad de vida.

Aquí estoy, Señor,
con hambre y sed de vida.
Sin pedirte mucho, para no desatar tu osadía;
amando solo a sorbos, para no crear lazos;
rebajando tu evangelio, para hacerlo digerible;
soñando utopías sin realidades;
caminando tras tus huellas, sin romper lazos.
Y mi hambre y sed no desparecen.
Esto ya no es vida, sino simulacro,
una vida sin calidad de vida.

Silba, Señor, tu canción,
como buen pastor;
que se oiga por las lomas y colinas,
barrancos y praderas.
Despiértanos de esta siesta.
Defiéndenos de tanta intolerancia.
Condúcenos a los pastos de tu tierra.
Danos vida verdadera.

Y ofrece tu vida

Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...